
La Fruta y la Dicha

Gabriel Miró

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6428

Título: La Fruta y la Dicha

Autor: Gabriel Miró

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 27 de enero de 2021

Fecha de modificación: 27 de enero de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Fruta y la Dicha

La frescura y delicia de las cerezas y de los albaricoques, que van llegando a la plenitud del sabor de sus sucos, de los colores y gracia de su forma y de la fragancia de su piel, traen siempre a Sigüenza el recuerdo de las josas y de los huertos, cuando están los frutales desnudos de fronda y prendidos delicadamente de flor nupcial. Y esas cerezas, ya grandes, con un brillo tierno, jugoso y frío en su encendimiento de sangre y de brasa, y esos albaricoques que huelen y saben a jardín romántico y a carne de mujer de una castidad tan melancólica y selecta que santificaría el mismo pecado, estas frutas presentan también a Sigüenza la emoción del verano, le colocan bajo un pórtico estival: desde él se ve la vida campesina, dorada, gloriosa —sin dejar de sentirse la primavera—, una vida grande, llameante y breve. Y recuerda también una mañana que comió una guinda o un albaricoque tan exquisito que quiso perpetuarlo y plantó el hueso en... ¿dónde plantaría ese hueso, Señor?

...Pues en esos «días frutales» se ha oído a sí mismo pronunciar: «seamos dichosos». Y al decirlo comenzaba a serlo; su vida se abría gozosamente para recibir los finos oreos y las largas contemplaciones de la dicha prometida. Porque en aquellas palabras había un principio de voluntad y de conciencia de la dicha, sin las cuales el hombre a quien las gentes envidian por venturoso se aburre, y el aburrimiento no es ni desgracia; es una tristeza oscura, confinada de humo que viene de las hogueras de los otros. ¿Habéis visto un niño que se aburre? Parece que se anticipe a una pobre mayor edad; un niño que se aburre es un remordimiento para los grandes. En la mirada de un niño aburrido ve Sigüenza las angustias de los hombres. Y un hombre que se aburre ha

regresado a una infancia sin ternuras, sin tránsitos de ilusión, de exaltación.

Pero este «seamos dichosos» de Sigüenza no ha surgido sólo de quererlo ser. Se lo habrá dictado un instante bueno y emotivo, de holgura de alma, en que todo se presenta a nuestros ojos de una manera cordial y fácil.

Sí, sí; el origen de esas palabras puede traerlo quizá un accidente de la vida de fuera; pero al decirlas ya se infiere que Sigüenza lo ha hecho suyo, íntimo y voluntario; constituye una aptitud y un propósito que nos acerca, que nos facilita la posesión de un conjunto, de un horizonte de sentimientos.

Ese «seamos dichosos» es voluntad y luz, es firmeza y saber; interpretar las cosas que nos rodean, aun las humildes, y acaso más que nada las humildes, modificando abnegadamente un poco la promesa evangélica —en tanto que no tengamos otro remedio— que la quimera se nos ha de dar por añadidura. Y aun para que se nos dé de este modo es preciso solicitarla y buscarla insaciablemente, por todos los caminos, hasta por los que conducen a un escritorio, a la angostura de un desabrido deber.

Aconseja Sigüenza que tengamos propicia nuestra vida para que se abra dentro de ella toda simiente de animación, de alegría, alegría que no consiste en la risa, sino en reconciliarnos con nosotros mismos, en esperar más de nosotros; hemos de tener en «carne viva» nuestra alma para que lo sutil la hiera con su gustoso toque y nos motive ese prurito que hizo que Sigüenza prorrumpiese: «Seamos dichosos», que viene a significar: «poseamos».

¿Es que la idea de dicha es una idea de propiedad? Parece que sí: de propiedad, no de propietario. Las manos, todas las manos, las tiernas, las blancas y pulidas, las cortezosas, las fuertes, las seniles, tienden a coger: el alma, a tener, a poseer. No ha de agarrar. Agarran los amos que no son más

que eso: amos, amos de dineros, de haciendas, de insignias, de heroicidades, de amor, de vidas. Y éstos son los que menos poseen: son propietarios. Sigüenza ha pasado por lugares hermosos ajenos que han sido más suyos que de los dueños, que sólo los conocían en escrituras amarillas. También ha visto dignidades que él no las hubiera traído ni aun por penitencia, y no se concibe la propiedad en cosas tan separadas de nosotros y tan poco deseables que nunca dejan de ser bienes mostrencos.

El «seamos dichosos» es propiedad de aptitud de goce y de transfusión a lo íntimo; es como la propiedad de nuestra sangre, que no necesita de la del hermano. Y nuestra sangre se genera y renueva en virtud de principios y substancias que no eran sangre. Así la dicha puede producirse por causas que, definidas concretamente, no son dichosas, pero al transfundirse a nuestra alma se clarifican. En nuestra vida y en lo que la rodea hay una honda claridad cuando queremos ser dichosos, y una atención serena que puede avenirse con la *étourderie* de Stendhal, y entrambas hacen que planteemos no sabemos dónde el hueso de una cereza, de un albaricoque que nos ha gustado mucho para que nazca un árbol que tampoco sabemos si saldrá, pero que, desde luego, no nos dará su fruto ni su sombra. Y, sin embargo, lo imaginamos y poseemos: es el árbol más frondoso y abundante de todos los huertos...

Gabriel Miró



Gabriel Miró Ferrer (Alicante, 28 de julio de 1879-Madrid, 27 de mayo de 1931) fue un escritor español, encuadrado habitualmente en la llamada generación del 14 o el novecentismo.

En 1911 le nombraron cronista de la provincia de Alicante. Desde 1914 anduvo empleado en la Diputación de Barcelona, donde se trasladó a vivir. Allí dirigió una Enciclopedia sagrada

para la editorial catalana Vecchi & Ramos, proyecto que no se llegó a concluir pero que le satisfizo íntimamente, y entre 1914 y 1920 colaboró en la prensa barcelonesa: Diario de Barcelona, La Vanguardia y La Publicidad. Conoce allí al editor de muchas de sus novelas, Domenech. Se trasladó a Madrid al ser nombrado en 1920 funcionario del Ministerio de Instrucción Pública y allí permaneció los últimos diez años de su vida; en 1921 era Secretario de los concursos nacionales de ese mismo ministerio. En 1925 ganó el Premio Mariano de Cavia por su artículo "Huerto de cruces" y en 1927 es propuesto para la Real Academia Española, pero no fue elegido, quizá por el escándalo levantado ante su novela El obispo leproso, considerada anticlerical.

La mayor parte de la crítica considera que la etapa de madurez literaria de Gabriel Miró se inicia con Las cerezas del cementerio (1910), cuya trama desarrolla el trágico amor del hipersensible joven Félix Valdivia por una mujer mayor (Beatriz) y presenta —en una atmósfera de voluptuosidad y de intimismo lírico— los temas del erotismo, la enfermedad y la muerte.

En 1915 publicó El abuelo del rey, novela en la que se relata la historia de tres generaciones en un pueblecito levantino, para presentar, no sin ironía, la pugna entre tradición y progreso y la presión del entorno; pero, ante todo, nos encontramos con una meditación sobre el tiempo.